cer por los pecados pasados, impide también los futuros.

La raíz de todos los pecados es el amor propio; y no hay guadaña que así le siegue, ni fuerza que así le arranque, como la mortificación; ni es imaginable culpa, ni desorden alguno de nuestras pasiones, que no sea por falta de ella. Porque no se hace pecado, sino porque un hombre no se sabe vencer ni contradecir a su voluntad. Pues como la mortificación no tenga otro estudio sino hacer que se venza uno a sí mismo, y poner en razón las pasiones, con ella está uno prevenido y guarnecido contra los pecados, y sin ella flaco y desnudo, que cualquiera tentación le derribará.

9. Pues la importancia que tiene para acrecentar la gloria y el ejercicio de virtudes, ¿qué tesoro ni qué fuente de gracias y merecimientos hay como ésta? Esta es *la margarita preciosa* y un *tesoro escondido*, por el cual hemos de dar *todo lo que tenemos*. Tanto es mayor el merecimiento cuanto el amor y ley con Dios con que hacemos alguna cosa es más grande, y cuanto más difícil es y ardua la obra que se hace. Pues como sea tan gran obra y victoria la de vencerse a sí mismo, juntada con la caridad, la cual es fuerza que haya de ser grande para hacer lo que es arduo y violento al natural nuestro, la obra que de ahí resulta es de gran mérito.

10. Otro fruto es la facilidad en el ejercicio de todas las virtudes, porque ejercitado uno en vencerse y domar su voluntad en cosas muy arduas, en las que menos lo son no tropieza en nada, y con gran facilidad corre por lo más llano.

Nunca lleva mucho fruto la tierra que no la escardan, ni la vid que no la podan. De la misma manera, para que fructifiquemos en obras buenas hemos de cortar nuestros deseos y arrancar los afectos viciosos.

11. La paz del alma, ¡cuáanta es, sosegado el tumulto y alboroto de nuestros deseos, y hechas paces el apetito con la voluntad, y puestas en razón las pasiones!

¿Pues qué, la paz de aquellos con quien vive el mortificado, sin tropiezo de nadie, bienquisto de todos y con edificación y ejemplo?

Cosa tan manifiesta es ésta, que aun los filósofos dieron en ella, principalmente los estoicos, que con estar persuadidos que el alma no era inmortal, por sólo la bienaventuranza de esta vida y por vivir en paz y en gusto consigo y con otros, renunciaorn los gustos de ella con la hacienda y honra, viviendo con gran pobreza y austeridad; que aunque es verdad que sin la fe y gracia especial de Jesucristo no llegaron a alcanzar lo que pretendían, que es el sosiego de las pasiones y la bienaventuranza del alma, con todo esto, supieron y enseñaron que éste era buen camino. Y Marco Tulio dice: «Cuando apartamos el corazón del cuidado del cuerpo y de las cosas de casa y de los negocios, y nos recogemos dentro de nosotros ¿qué otra cosa hacemos sino aprender a morir? Creedme —dice— y ejercitémonos en esto; apartémonos de nuestros propios cuerpos cuanto al afecto, y acostumbrémonos a morir de esta manera; y haciendo esto, viviendo en la tierra, tendremos vida semejante a la que se hace

en el cielo; y así, cuando saliere nuestra alma de la cárcel de este cuerpo, será menos tiempo detenida.» Estas son palabras de Tulio, y ésta fue sentencia de los filósofos.

12. A la virtud que más ayuda la mortificación es a la oración; porque limpia el alma de los afectos que oscurecen la razón y no la dejan ojos con que conozca las cosas divinas; mas la mortificación la cura de estas cataratas. Y si estimáramos en mucho una hierba o piedra que tuviese esta virtud, que, puesta sobre los ojos de los ciegos, luego les diese vista; y puesta sobre los oídos de los sordos, luego les hiciese oír; y puesta sobre la boca de los mudos, luego les soltase la lengua; y puesta sobre el pecho a quien tuviese mal de corazón, luego le sanase, ¿en qué subido precio se ha de estimar la mortificación, que no la ceguera del cuerpo, sino la del ánimo sana? Y limpia la vista, no de los ojos corruptibles, sino de la razón; y junto con eso nos desencanta los oídos del alma, para que entendamos la voz de Dios cuando nos habla, y suelta nuestra lengua para que sepamos hablar con su Majestad, y nos pone gracia en los labios para alcanzar de Dios lo que pedimos; porque no hay oración más impetratoria que a la que acompaña la mortificación, como consta de innumerables ejemplos de la Sagrada Escritura.

13. Fuera de esto, quien no es mortificado está tan lejos de poder recibir la luz del cielo, que aun la lumbre de la razón no puede en él lucir. Tan lejos está de los sentimientos divinos, que aun los de la razón natural no percibe; ni sola-

mente no vive vida espiritual, pero ni la racional, porque de hombre cegado y arrebatado de la pasión se hace bestia. Por lo cual dijo Ricardo de San Víctor: «Nunca nuestra voluntad se encenderá perfectamente en el deseo de los bienes celestiales, ni nuestro entendimiento se limpiará y se clarificará para la contemplación de las cosas divinas, si no somos diligentes para reprimir con fortaleza, y muy a menudo, el cuidado de nuestro cuerpo aun en cosas lícitas y necesarias.» Quítanos también la mortificación este mal de corazón con que nuestros deseos nos atormentan y nos sacan de juicio, y nos sosiega y pacifica, con lo cual ayuda también a la oración, que pide paz y tranquilidad del alma.

14. Pues la honra que tiene el mortificado con ser imagen de Cristo crucificado, y el bien grande de la perfecta imitación del Hijo de Dios, ¿con qué se podrá estimar? No en balde fue vida tan trabajosa la de nuestro Redentor, sin ser necesarias tantas penas para redimirnos; porque como conoció los innumerables provechos que conseguimos nosotros con la mortificación, quísonos obligar a ella con el modo más eficaz que pudo, que fue su ejemplo, y a costa de su sangre y vida, forzarnos con esta gran fineza a querer nuestro bien. Y éste es un argumento evidente de la importancia de la mortificación; pues tanto hizo y padeció el Hijo de Dios por persuadírnosla, y en nosotros es intolerable desagradecimiento no hacer caso del juicio de la Sabiduría eterna, ni de su sangre y trabajos.

15. Pero aunque no tuviera tantos bienes como

éstos la mortificación, bastaba por grande premio de ella castigar a nuestra voluntad y vengarnos de nuestro propio amor, con que nos hemos tantas veces perdido y despeñado. No hay mal que nos acontezca que no sea ella la causa de nuestro daño y dolor. Los pecados ella sola los causa, haciéndonos más mal que todo el infierno junto; porque sin su ayuda no hay poder de los demonios que nos pueda dañar, y ella es la que nos hace tan grande traición, que se hace de mancomún con nuestros enemigos, y nos entrega a ellos por viles esclavos. Ella, finalmente, es la que fabrica y sustenta cuantos géneros hay de males y tormentos, así en esta vida como en la otra; hasta el mismo infierno, ella le tiene en pie. Pues por hacer justicia de tantos daños, y vengarnos tan justamente de tan gran enemigo, habíamos de tratar muy de veras de mortificarnos.

Allégase a esto, que no sólo se hará esta justicia y suplicio de nuestra voluntad, tan debido a Dios y a nosotros, y tan necesario para castigar los excesos pasados, sino que con ella se evitan los castigos de la otra vida. ¿Qué privilegio fuera, si no hubiera para uno purgatorio ni infierno, o en su mano estuviese quitar del mundo el infierno? Pues por la parte que le toca, con la mortificación y abnegación de su voluntad puede lograrlo, por donde dijo san Bernardo: «Cese la propia voluntad, y no habrá infierno.»

CAPITULO 16

Los grados de mortificación necesarios para cumplir en todo la voluntad de Dios

No me contento con haber encomendado por mayor la mortificación; será importante contar más en particular los grados que hay de ella, para que sepa un alma deseosa de su bien dónde ha de poner el pie, y los escalones por donde ha de subir hasta abrazarse con su amado Jesús y crucificarse con Él, desnuda enteramente de su voluntad y de toda propiedad, haciendo en todo la voluntad divina, siendo obedientísima al gusto de Dios hasta la muerte, y muerte dulcísima de cruz; que aunque a Jesús fue muy amarga, su misma amargura y dolores nos sazonan y hacen de miel nuestra mortificación.

1. Lo primero, la mortificación y abnegación de la propia voluntad ha de ser *en todas las cosas*; y quien dice todas, no limita nada, ni grandes ni pequeñas. Esta es una regla general que no tiene excepción alguna; porque ha de ser esta resignación y esta pobreza de propio querer, en todo cuanto se apegare algo de gusto propio; en cuantas criaturas y gustos hay en todos los sentidos y potencias, en todo el cuerpo y alma, en las cosas espirituales y divinas, y aun en las ansias de servir al mismo Dios, en todo se ha de desapropiar uno de sí mismo y de todo su querer, no haciendo ni deseando ni imaginando cosa

por sí mismo ni por su gusto, aunque sea bueno, sino por el de Dios. Todo esto declararemos después, para que sepamos el fin hacia donde hemos de correr con todas fuerzas, y si no llegáremos, nos avergoncemos de nuestra flojedad en cosa de tanta importancia.

Determinado, pues, uno a no hacer eternamente su voluntad, y a desapropiarse de sí y de todas las cosas, ha de dejar todos *los bienes de la tierra* y renunciar *con efecto* todos los que pudiere según su estado, y juzgare ser servicio de Dios, abrazándose, *aun exteriormente*, con la desnudez y pobreza de Jesucristo, que murió desnudo en la cruz, sin ser señor aún de sus propios vestidos; y antes había dicho (*Mt.*, 8, 20): *Las raposas tienen sus cuevas y los pájaros del aire sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza.* Mas *en lo interior*, la renunciación ha de ser general, no teniendo afecto a cosa criada, y las que fuere necesario poseer, sea como forzado y muy contra su gusto.

2. El segundo grado, después de dejadas las cosas exteriores, es dejar *todos los gustos de los sentidos*, absteniéndose de cualquiera deleite corporal; antes, para estar más lejos de darse gusto, se han de procurar las cosas contrarias y penosas. Porque así como para enderezar una vara torcida se tuerce hacia el lado contrario, así para reformar los gustos sensuales nos hemos de inclinar a las cosas que fueren de disgusto a la carne: como las penitencias, asperezas y otras cosas que se pueden hacer sin ruido, y que serán de grandísimo merecimiento por vencerse allí la

voluntad propia. Porque, como dice un doctor: «Ninguna cosa se le puede ofrecer a Dios que le dé más gusto que la resignación de la propia voluntad; porque ninguna cosa estima el hombre más que su propia voluntad y libre albedrío.»

Cuando alguno, por amor de Dios, resiste a su sensualidad y propia voluntad y se mortifica a sí mismo, aunque sea en cosas muy menudas, hace más agradable servicio a Dios que si resucitase muchos muertos. Si en un camino encontrasen dos hombres una florecita muy hermosa, y el uno desease cogerla, y, pensando mejor en ello, se dijese a sí mismo: Déjala por amor de Dios; y el otro, sin pensar en nada, la cortase, por cierto que no pecaría éste por coger aquella flor simplemente; empero aquél, dejándola de coger por amor de Dios, tanto más merecerá que el que la cogió, cuanto hay del cielo a la tierra. Y si Dios, por una mortificación tan pequeña ha de dar tan grande premio, ¿qué dará a los que por su amor se menosprecian y dejan a sí mismo y todas sus cosas? Diga, pues, el varón espiritual muchas veces dentro de sí mismo: «Señor, por tu amor no quiero ver aquello, pues no me importa verlo; por tu amor no quiero oír aquello, no quiero gustar aquello, no quiero hablar aquello, no quiero tocar aquello.» No es posible que sienta a Dios dentro de su alma, si no muere en él todo lo que está desordenado.

El gusto de los sentidos es el que más importa mortificar; porque de su moderación depende más la castidad que de otras penitencias. Su mortificación no sólo ha de ser en la cantidad de la

comida, sino en la calidad. Pero aun de comida vil no se ha de exceder, ni en el modo ni en la cantidad; porque de la pérdida universal del linaje humano no fue causa un faisán regalado, sino una triste manzana; y Esaú fue reprobado por la gula de unas lentejas, no de algún plato delicado; y el pueblo de Israel, por apetito de agua, y no de vino, murmuró contra Moisés.»

3. El tercer grado es la mortificación interior, dejando todos *los deseos y gustos del ánimo*, no codiciando para sí cosa criada, sino sólo al Criador; ni queriendo gusto exterior ni interior, reputándose uno como si fuera la misma nada, sin tener cuenta ni respeto a su comodidad y gusto, más que si no estuviera en el mundo, arrancando del corazón todo amor propio, que es la raíz de todos los males y la llave maestra por donde tiene entrada el demonio en nosotros. Esta mortificación es un holocausto y sacrificio el más acepto que podemos ofrecer de nosotros a Dios; porque en Él no nos mortificamos en parte, como en otras mortificaciones, sino todo uno enteramente se dedica a Dios; y no sólo le ofrece sus cosas, sino a sí mismo. Para lo cual importa examinar mucho nuestros afectos, aunque sean buenos, y mirar adonde tiran, y generalmente hacer uno consigo una ley universal, en que se prohiba todos los deseos, si no son puramente de Dios; porque la inquietud y desasosiego de nuestro espíritu, las penas y sentimientos del corazón, ellos los causan; y solamente quien ha vedado todos sus deseos tiene posesión de sí, señorío de su alma y paz interior. Verdaderamente, el que se

conforma con la voluntad divina y no quiere sino lo que Dios quiere, no tiene nada que desear, porque posee ya lo que quiere, que es lo que quiere Dios; y tanto se desconforma y aparta de la voluntad divina, cuanto deseare algo fuera de ella. Porque si está verdaderamente conforme y contento con su santísimo querer, no tiene más que querer ni desear, estando como en un estado bienaventurado, con cumplimiento de todos sus deseos. ¿Está enfermo? Esto quiere, pues Dios así lo quiere, y no tiene más que desear. ¿Está afligido, está humillado, está necesitado? Esto mismo quiere y tiene por cumplimiento de sus deseos, pues no son de otra cosa sino que se haga la voluntad de Dios, y esto ya lo halla. Lo cual es una dicha grande, porque ¿qué mayor felicidad se pudiera imaginar en el mundo que si sucediesen a un hombre todas las cosas como deseaba?

Esta bienaventuranza y más segura dicha llega a tener quien no quiere nada, sino sólo lo que Dios quiere; y quien llega aquí no tiene más que desear, ni tiene que mirar adelante, sino atajar todas sus codicias y gozar de la paz de su corazón y del lleno de sus deseos.

4. Con esto llega un alma al verdadero amor de Dios, no teniendo la mira a gusto ni contento propio, sino sólo al cumplimiento de la voluntad divina, holgándose no tanto de los dones de Dios como del mismo Dios, deseando más el cumplimiento de la divina voluntad que no su propio consuelo, aunque sea de cosas divinas. Para lo

cual advierte un doctor (1) que «hay un amor de Dios afectuoso, el cual tiene muchas veces el que menos ama y es menos perfecto. Porque muchas veces amamos la hermosura de Dios, su bondad, su grandeza, con otras perfecciones que de Él sentimos, por el gusto y sabor que nos dan; mas no amamos lo que se ha de amar en Dios, que es su misma voluntad y querer, antes huimos de ella; porque si Dios nos quita su sabor y nos atribula, lo llevamos con rostro torcido y desconfiamos entristecidos; donde se nos muestra bien claro que no es amor de Dios, sino nuestro. De suerte que amamos a Dios como a un hombre bien vestido, que nos parece bien la ropa que trae de seda, mas no amamos su voluntad si Él quiere lastimarnos y trabajarnos. Por este camino tratamos con Dios, y no queremos de Él sino lo que sentimos de dulzura y lo que gustamos de su sabor, que es lo que vemos en Él con la vista espiritual; mas no amamos en Él su querer, su voluntad, como esto sea verdadero amor. No penséis que tanto ama uno a Dios cuanto siente de Él y cuanto en aquel estado de su devoción piensa él que ama, sino cuanto fuere fundado en virtudes y caridad y en la guarda de los mandamientos de Dios (*Jn.*, 4, 34). Este es el fiel amador de Dios y fiel amigo.

5. El afecto dulce de Dios puede ser sensual y engañoso, y muchas veces procede de la humanidad del hombre, y no de la gracia de Dios; del

(1) Beato Maestro Avila. DOCTRINA ADMIRABLE. *Obras*, t. I, pág. 349.

corazón carnal, y no del espiritual; de la carne, y no de la razón. De suerte que el espíritu algunas veces se inflama y siente devoción en lo que a él le sabe bien y da dulzura, y no en lo que más le aprovecha y cumple. Estará devoto porque le sucedió a su gusto tal cosa, y dice: «Bendito sea Dios que me dio este aparejo, esta buena ocasión para servirle a mi contentamiento, y me puso en esta quietud, donde nadie me va a la mano: rezo cuando quiero, duermo cuando tengo gana, déjanme hacer lo que quiero, tengo paz... Y si Dios le quita el gusto o aparejo, y le envía tentaciones, necesidades, cuidados, cruces, y le aflige con infamias, testimonios y riesgos, tómalos con impaciencia y tristeza. ¿Veis, hermano, claro cómo toma el hombre mayor devoción y afecto del menor bien, que es de lo que bien le sabe, no del mayor, que es lo que más le aprovecha y cumple, como es todo lo penal? De suerte que ama la presencia de Dios y su hermosura porque le da sabor; y no su voluntad, porque le da cruz y trabajo.»

6. En esta devoción y afecto erraban todos los discípulos de Cristo, porque buscaban en Él lo que les daba deleite, y no lo que más les cumplía, como esto sea lo que más se ha de buscar. Y así les dijo Él mismo que no le amaban, cuando se quería subir al cielo y quitárseles de delante, lo cual ellos mucho sentían. *Si me amaseis* —dice (*Jn.*, 14, 28)—, aunque me ausento de vosotros, y os quito el contento que os da mi humanidad, *os gozaríais*; mas como no me amáis, no os gozáis. ¿Cómo, Señor, en tiempo que están vuestros

Apóstoles hechos un mar de lágrimas, que antes querrían morir que dejar de veros, les decís que no os aman, y que no es amor lo que os tienen? ¡Oh, cuántos piensan que lloran por Dios, y lloran por sí! ¡Oh, cuántos piensan que le aman, y se aman a sí; que le buscan, y se buscan a sí! ¡Quién mirara aquellos rostros de los Apóstoles, y aquellos ojos hechos fuentes de lágrimas, que regaban la tierra, demudados y trabados los corazones, heridos de la ausencia de Jesucristo! ¿Quién no juzgara que amaba entrañablemente a Dios? Y aun ellos lo juzgaron, porque así lo sentían en sus corazones. Y díceles la Suma Verdad que no piensen que afición, ni lágrimas, ni dulzura, ni sentimiento, es amor suyo, sino conformidad con su querer, y vivir con su voluntad, y que se huelguen más con lo que Él quiere, aunque sea quitarles a Sí mismo por presencia, que no lo que a ellos bien sabe y deleita.

7. Y si de aquesto habían de holgarse, pareciendo cosa tan justa el tener pesar, pues eran privados de la presencia del Hijo de Dios, ¿de qué se ha de quejar el verdadero amador de Jesucristo, que en la vida le quiten ser honrado, ni interés espiritual ni temporal, como le quede el cumplimiento de lo que quiere su Criador? ¡Oh, válgame Dios, qué de cosas pasamos por tan buenas y verdaderas, siendo tan malas y falsas! ¡Oh, cuántas llamamos espirituales, que son pura carne! Si no, echad de ver a san Pedro, cuando Cristo trató que había de morir y padecer afrentas, etc., y él dijo (*Mt.*, 16, 22): *¡Señor, tened piedad de Vos, que no es razón que muráis!* ¿Quién

no dijera que procedía esta compasión de grande amor? Y no era sino carne; y fue respondido y reprendido con la respuesta que dio el mismo Dios al demonio (*Mt.*, 4, 10) llamándole *Satanás*, que quiere decir acusador, adversario y contradictor de las obras de Dios. Si hubiéramos de juzgar aquel consejo según prudencia de carne, diéramos voto que era muy justo y provechoso, pues era quitar cruz y muerte a quien no la merecía. Mas Cristo dice que es *Satanás, y que no sabe* de las cosas de Dios, sino de la carne, y que no es amor de Dios, sino desamor, pues no quería que aceptara la cruz ni bebiera el cáliz que su Eterno Padre le enviaba para remedio del mundo.

8. También parecía grande amor quererse estar san Pedro a la gloria de la transfiguración de Jesucristo (*Mt.*, 17, 4); y era propio amor e interés, pues lo quería ver vestido de gloria y no penando en la cruz.

No se puede pensar pestilencia mayor para el linaje humano, ni cosa más enemiga para los bienes del alma, ni ocasión más cierta de perdición que amores tan falsos como los que vemos, y ver cosas de tan poco valor en tan alto precio, y caminos a nuestro parecer llanos, cuyos fines son peligros y despeñaderos. Tendríamos por muy loco —y con muy grande razón— al que se proveyese de pedazos de vidrio, confiado en el relucir, y pensase que con aquello había de comprar grandes posesiones, y, por otra parte, menospreciase el oro y las cosas de verdadero precio para el fin de lo que desea. Pues muy más loco es, y

de más peligrosa locura, el que, dejando lo que verdadera y principalmente la divina Escritura enseña para que Dios sea servido y amado como debemos, y nuestras penitencias sean verdaderas, con verdadero arrepentimiento de pecados, y nuestro corazón esté limpio, y los misterios de Dios nos pongan buen gusto, y nuestra caridad esté muy encendida y nuestra mortificación sea muy cabal y verdadera, se contentase con solas fábulas y con cosas falsamente entendidas, y con gustillos de niños, y con sobresanar sus heridas y enfermedades, y con imaginaciones, sueños, fantasías y vanidades, y cosas que tienen el parecer sólo, y en lo de dentro no tienen fundamento ni hay fruto sobre que estribar.

9. Y es lo peor que estos que buscan consuelo y entendimiento en las cosas divinas, si son avisados por persona que les entiende su engaño, no hacen caso de consejo tan sano, y buscan de nuevo maestros que les aprueben su carnal vida y les tengan compañía. De esta desventura y miseria tan grande, que no se puede imaginar mayor, tenemos profecía del Apóstol san Pablo, por la cual dice (2 *Tim.*, 4, 3) que *vendrá tiempo en que los hombres aparten los oídos de la verdad* y del verdadero espíritu, *y se conviertan a oír fábulas* y cosas de intereses y contentamiento, *y busque maestros que les enseñen cosas apacibles y bien coloreadas*, y les pongan descuido en aquello sin lo cual no pueden ir acertados, y los ceben y sustenten con vano mantenimiento y con darles buena esperanza de acertado camino y de próspera salida; pues sin verdadera abnegación de la

voluntad propia, por más que se eleven en los aires y vean visiones, ni tendrán seguridad, ni poseerán el verdadero amor de Dios, para el cual ha de arrancar el alma de sí todos los gustos de la tierra, con todos sus deseos.»

CAPITULO 17

Cuánto importa mortificar los propios deseos

Esta mortificación de los deseos es importantísima, porque sin ella no se hallará, como he dicho, la paz del alma, ni acabará de conformarse uno con la voluntad de Dios.

1. Fuera de esto, ¿por qué habíamos nosotros de temblar de desear algo? Porque no sabemos lo que nos conviene. Que algunas veces, aun lo que deseamos con buen fin, y para bien y para servir a Dios, puede ser lo que nos está peor. Sólo Dios sabe lo que nos conviene, y lo desea más que nosotros, y Él sólo es poderoso para dárnoslo; y así no hay si no ponernos en sus manos, fiarnos de Él solamente, y tener mayor satisfacción de su buena voluntad y amor, que de nuestro amor propio, que tantas veces nos ha hecho traición. Mas Dios siempre nos ha sido fiel y lo será; y antes nos podremos aborrecer, que Dios aborrezca a las criaturas que Él mismo hizo. Denme el hombre que más se ha amado y querido en el mundo, que no se hallará quien por sí mismo haya hecho lo que Dios ha hecho y padecido por nosotros.

La causa es que no deseamos nuestro bien tanto como Él; y, por otra parte, no sabemos lo que nos está bien ni tenemos poder ni fuerzas para alcanzarlo, y Dios lo tiene todo; por lo cual no hay sino descuidar de nosotros, desatender las voces de nuestro amor propio y cortar a cercén nuestros deseos.

Pero aunque esto sólo bastaba para persuadirnos a poner silencio eterno a todas las peticiones de nuestro corazón y sellar de una vez nuestra voluntad para que no saliera más de sí ni se derramara a deseo terreno, no dejará de ayudar considerar la vileza de *las cosas* que deseamos, y la vileza nuestra, que no merecemos nada, y el daño del mismo desear. Porque son tan menguadas y viles y tan nada las cosas de esta vida, que sólo por esto nos habíamos de correr de poner los ojos en ellas.

Por otra parte, nosotros somos tan viles, malos y tan indignos de cualquier bien por nuestros pecados, que aunque las cosas fueran en sí grandes, no nos habíamos de atrever a desearlas, y había de parecernos la mayor sinrazón del mundo que una cosa tan vil tuviese atrevimiento de desear honra, ni gusto, ni otra cosa. Pero aunque nosotros fuéramos dignos, es tan grande el daño que *los deseos* traen consigo, que por él sólo no habíamos de permitir alguno. No se puede recompensar con la posesión de todos los reinos del mundo el mal que nos hacen, las pesadumbres que nos dan y los cuidados, sobresaltos e inquietudes y congojas con que nos crucifican; lo cual se echa de ver por los deseos de cosas

santas y espirituales, como son de recogimiento y más oración, y aun de padecer por Dios y de la misma gloria; porque cuando son demasiados y proceden de amor propio desordenado, causan ansias, congojas, tristezas, inquietudes, estorbando a la paz del alma; y así aconsejan los santos y doctores espirituales que se han de moderar y conformar con la voluntad divina. Pues si aun los deseos de cosas tan santas pueden ser de daño, ¿qué serán los deseos de cosas de suyo tan dañosas como las temporales?

2. Para llegar a esto importa tener uno *conocimiento de las cosas*, no conforme al concepto y estimación errada de los hombres, sino según la verdad y el Evangelio; y penetrar la substancia de ellas, persuadiéndonos que la honra, los gustos, los haberes, no son lo que parecen, que no son bienes como pregona el mundo loco, que es *todo vanidad* y nada; que son para nosotros verdaderos males por los daños que nos hacen, pues nos hacen malos, nos sacan de nuestro juicio, nos impiden la virtud, nos dan ocasión de pecar y nos acarrean los males y miserias de esta vida y de la venidera. Pues quien se persuade de esto, ¿cómo puede tener deseo de ellas? Si se persuade que son humo y vanidad, ¿qué locura puede ser mayor que si viéramos a uno que por obtener un poco de humo se deshacía y afanaba y sudaba? Pues si se tienen por males y por cosas venenosas, como lo son, ¿cómo podría uno que se quiere bien y desea vivir, desear alimentarse de ponzoña y substancias venenosas, que por pocas que sean nos han de hacer mal?

Pues ¿qué si no sólo consideramos la poquedad de las cosas como son en sí, sino también las comparamos con los bienes eternos que por la afición que las tenemos se pierden? San Ignacio, nuestro Padre, cuando miraba al cielo y levantaba el corazón a Dios, con suspiros decía: «¡Ay, cuánta horrura y vileza son las cosas de la tierra cuando miro al cielo!» Y al santo abad Silvano, cuando salía de oración, le parecían tan viles todas las cosas, que se tapaba los ojos por no verlas, diciendo: «Cerraos, ojos, cerraos, y no miréis cosas del mundo, que no hay en él cosa digna de mirar.»

3. Importa también tener práctico *conocimiento de sí* y entender uno llanamente que de sí es nada, y que aun este nombre la viene muy ancho; porque tanto es menos que nada, o, por decirlo más propiamente, tanto es peor que nada, cuantas veces ha pecado. Y debe persuadirse, que aun para él es nombre muy soberbio llamarse *polvo y lodo*, y hasta gusano y podredumbre; que al fin estas cosas son algo y tienen su uso y su provecho; mas él por los pecados es menos que nada, y no tiene de sí provecho, sino una pura ponzoña con que se corrompe a sí, e inficionará al mundo con sus pecados, por los cuales le destruyera Dios, si no fuera por su misericordia divina. Con este concepto que tenga uno de sí con sinceridad y verdad, como le debe tener, tan lejos estará de desear honra, que le parecerá la cosa más injusta del mundo. Lo mismo le parecerá en las cosas de gusto, y las otras que fueren de su comodidad, pareciéndole que no hablan con

él, que todo le viene muy ancho, y que todo sobra a quien no merece nada, sino, por sus pecados, mayores tormentos que los demonios. Ni parará en sólo no desear cosas de este mundo, sino esta misma disonancia y sinrazón que le parece, y es, de ver honrada o acomodada una cosa que tan lejos está de merecerlo, le hará huir de honras y comodidades y apetecer lo contrario, que es toda humillación e incomodidad, y andará buscando para sí lo peor y más despreciado; y en las cosas que no pudiere evitar, de honra o gusto, se hallará como violentado y se abstendrá del contento que suele causar su posesión.

4. No ha de parar esta desapropiación de sí y esta mortificación de deseos y gustos en las cosas que de suyo son malas, o las que son indiferentes, como la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la pena y el gusto, la honra y la humillación, la pobreza y la riqueza, el saber y el no saber; pero aun en las cosas santas y espirituales tiene lugar, desterrando de ellas el amor propio, que con velo de santidad se nos puede esconder, como son, en los consuelos y gustos espirituales, la devoción y lágrimas; no haciendo caso de esto ni deseándolo, sino sólo de agradar a Dios. Los hombres verdaderamente perfectos en espíritu se suelen afrentar de verse con gustos, los cuales reciben de buena gana los principiantes; porque con el racimo y la manzana con que se regala a un niño, con ese mismo se afrenta a un hombre. La vida presente no es de gozo y descanso, sino de trabajo y dolor. No está en estos regalos, gustos y lágrimas, la virtud y la

caridad, y pueden nacer de amor propio; antes se ha de tener uno por indigno de tener semejantes cosas, y estar humillado con ellas, así porque tiene mucho más de lo que merece, como porque ha de entender que Dios le trata como a un tierno niño en la virtud. Solamente ha de usar de ellas por el fin para que Dios se las envía, que es para que se dé prisa a andar, allanándole el camino, y disponiéndose para, cuando le faltaren, no cesar del tesón y conato con que debe servir a Dios y cumplir su voluntad a toda costa, y sin aquel interés y premio. Cuanto más se desapropiare uno de estas cosas, tanto más presto llegará a unirse con Dios; porque hace mucho más en dejar estos gustos interiores y espirituales, los cuales también tienen grandes peligros, si nos dejamos llevar de ellos, no como Dios quiere.

Un ejemplo muy a propósito de esta mortificación cuenta Taulero, devotísimo doctor, y dice: Que había un gran siervo de Dios, al cual su Majestad hacía muchas revelaciones, tanto, que le había declarado toda la Sagrada Escritura y manifestado todos sus sentidos y misterios; además de esto le revelaba cómo vivían los hombres en el mundo y el merecimiento de sus obras, y cómo morirían, y otras cosas muy grandes y extraordinarias. Mas le daban tanta pena estos favores, por verse indigno de ellos, y quería mortificarse tanto, que pidió a Dios le quitase todas aquellas revelaciones. Oyólo Dios, y privándole de todas aquellas ilustraciones, le dejó por cinco años sin consuelo alguno, y que padeciese grandes tentaciones, angustias y otras muchas desgracias. Es-

tando al cabo de esto afligidísimo, vinieron dos ángeles a consolarle; mas él, con grande humildad y constancia, se volvió a Dios y le dijo: «¡Oh Señor Dios!, ningún consuelo pido; bástame a mí guardar el lugar donde habitas en mi alma, para que fuera de Ti no entre nada en él, ni ose aparecer otra cosa.» Con lo cual mereció oír muchos favores de Dios, y entre ellos le dijo el Padre Eterno: *Tú eres mi Hijo, en quien bien me he complacido.*

De modo que, aun en los buenos deseos y en las ilustraciones del cielo, nos hemos de negar, y no buscarnos en ellas. Muchas veces, por querer nosotros aumentar estas cosas con algún amor propio, fiados en nuestras diligencias y discursos, antes somos ocasión que Dios se retire y las disminuya; y así, se han de recibir con grande humildad, conociendo que no tenemos nosotros parte en ellas, y sin resabio de gusto propio, no mirando sino sólo la voluntad divina, resignados y renunciados totalmente en ella, refiriendo todas las cosas a Dios, y desapropiándose y desnudándose de sí en todo, no buscando en nada su comodidad y gusto, y teniéndose por indigna de que Dios la mire a la cara, cuanto más que así la regale.

Lo mismo se ha de hacer en otros deseos más santos y espirituales, como son tener más oración, padecer más, negarse a sí mortificando todo amor propio; que aun en esto se suele entrometer algún desorden. Porque, no es medio proporcionado para renunciar su voluntad el hacer la propia; y no se debe desear cosa alguna, sino

como Dios quiere se desee. Lo más agradable a su Majestad es desear en todo que se haga su voluntad divina solamente; porque en este caso estos deseos no causan inquietud alguna, ni pena que sea amarga; antes si traen alguna pena, es acompañada de gran resignación en las manos de Dios, entregándose todo a la providencia divina, y descansando en su gremio y seno como un niño en el pecho de su amorosa madre.

CAPITULO 18

De la pureza de intención que se requiere para hacer la voluntad de Dios

1. Después de haber uno hecho divorcio de sí mismo, y aborrecido todos sus gustos y renunciado todo su querer, tiene el camino llano para dedicar todas sus obras al Criador y hacer en todo su santísima voluntad, con sencilla y pura intención. Y aunque no tuviera otro provecho la mortificación y renuncia de nuestra propia voluntad, sino éste de desembarazar al alma de impedimentos y nieblas para conocer la verdad y hacer las cosas con pureza de intención, por sólo amor de Dios y cumplimiento de su voluntad justísima, santísima y a nosotros provechosísima, todo el gasto y costa de nuestra sangre que en ella pusiéremos sería bien empleado.

2. El hacer las cosas con pureza de intención es la cosa más justa y debida a Dios en el mundo; porque así como un labrador que planta un árbol

tiene derecho a sus frutos, así Dios, que nos crió, tiene tanto más derecho sobre nosotros cuanto más hizo en nosotros. Por lo cual le son debidos todos los frutos del hombre, que no son sino sus obras; las cuales se le niegan y como se le hurtan, cuando no se ofrecen y dedican a nuestro Criador, haciéndolas por otro fin malo o sin fin bueno. La cuenta y el rigor con que su Majestad quiere coger estos frutos, nos declara bien significativamente en el Evangelio (*Mt.*, 21, 19), cuando, llegándose a coger higos de aquella higuera en tiempo que no era de ellos, con todo eso la maldijo y ella se secó luego; lo cual fue una imagen de lo que pasa en los hombres, de los cuales quiere su Majestad fruto con más rigor que un labrador del árbol que planta; porque el labrador se contenta con coger sus frutos en un tiempo del año; mas Dios los quiere en todo tiempo. Y si así se puede hablar, tiene tanta codicia y deseo de estos frutos, que no se contenta solamente con lo que a nuestro parecer se le debe, sino que aún pide y quiere más frutos de los que nos parecen posibles; como se significa en lo que pasó en la higuera, de la cual quiso coger frutos cuando no los debía dar y cuando eran naturalmente imposibles.

Este mismo rigor se echa de ver en el dicho de aquel que guardó el talento, y fue echado al infierno porque no dio frutos de él; el cual dijo que *segaba su Señor donde no sembró* (*Mt.*, 25, 24), y no quiso el Señor contradecir esta condición para enseñanza nuestra, aunque es tan puesto en razón y justicia. Pues si sufrió que dijese

que de donde no sembró ni plantó quiere coger fruto, ¿cómo se descuidará Dios de pedirlo donde plantó con tanto cuidado, como es en el hombre, y donde cultivó contanta costa, como es derramar su propia sangre porque no faltase riego?

Y es así, que aun de las obras no obligatorias ni virtuosas, sino libres e indiferentes, quiere Dios coger fruto, y que se hagan por su amor fructuosas y meritorias, cogiendo fruto, no sólo de las obras de obligación, sino de las libres, y de las que de suyo no son de virtud. Pues si Dios ejecuta con tan gran rigor y pide fruto de todas las cosas, y quiere que todas nuestras acciones se hagan por buen fin, ¿cómo nosotros nos descuidamos y hacemos obras tan contrarias a esto, como son las malas, y las que son buenas hacémoslas por respetos no buenos, con que quedan perdidas?

3. Pero mirando por nosotros mismos, el mayor agravio que podemos recibir es descuidarnos en poner buena intención en nuestras obras, por ser un abuso de nuestra naturaleza afrentosísimo. Porque como el fin del hombre es Dios únicamente, a Dios sólo debe tener por fin de todas sus acciones; y si las encamina a otra cosa, se hace a sí una intolerable y enorme injuria, padeciendo en sí mismo un torcimiento disonantísimo y una mengua torpísima de su dignidad. ¿A quién no haría disonancia que de la copa que se hizo para beber en ella un poderoso rey, usase el copero para vaso inmundo y la tuviese llena de cieno? ¿Y que el cetro que se hizo para autoridad de la majestad real, se emplease para juguete de

muchachos entre el polvo de la calle? Si tuvieran sentido estas cosas, ¿qué quejas darían de estos agravios, con no estar por su misma substancia ordenadas a fines tan altos, sino por virtud del arte de un platero u oficial y disposición humana? Pues ¿cómo no será una deformidad absurdísima que el hombre que, no por arte, sino por su misma naturaleza y esencia, y por disposición divina, está ordenado al mismo Dios y a su mayor gloria, que se ocupe en otros usos, y más en usos tan viles, e infinitamente más distantes que lo es la boca y manos de un rey, respecto del polvo y del cieno? Porque al fin estas cosas están en un mismo orden de criaturas que no exceden con infinidad unas a otras; mas entre Dios y cualquier otro fin criado hay distancia infinita. Vea, pues, de aquí el hombre la importancia que es hacer las cosas con limpia intención por amor de Dios y no torcerse ni abatirse a otro fin; y conozca cuánto agravio y afrenta se hace a sí mismo en no guardar la pureza de su intención.

Allégase a esto que el abuso de las cosas tanto es más disonante cuanto ellas son más dignas; y como las criaturas racionales e intelectuales sean las más preciosas y excelentes de todas, el desorden de su fin causa mayor deformidad y disonancia. Y así, un hombre que no se ajusta a su fin, que es Dios, dedicándole todas sus obras, de muchas maneras se agravia. Lo uno, porque abusa de sí, quedando sin provecho ni estima, divertido y apartado de su fin; lo otro, porque se abate a otro fin mucho más inferior; y, finalmente, por ser él la criatura más preciosa que hay en este

mundo. En una regla, cuanto más lisa y derecha, y en un vaso cuanto más precioso y sutilmente labrado, más se nota una mella y torcedura; y en una púrpura real, cuanto más rica y preciosa, más ofende una mancha; y así, aunque sea cosa muy pequeña aquella en que se aparta de Dios nuestra intención, es de enorme disonancia.

Aún no queda declarado el desacierto que se hace no consagrando uno todas sus obras a Dios; porque no sólo se aparta de su fin, el cual es un abuso intolerable, aun en las cosas materiales e insensibles, como hemos visto; sino que se hace a sí mismo mucha mayor violencia, y es una torcedura mucho más grande. Porque violenta también la criatura, trocando de tal manera la naturaleza de las cosas, que del medio hace fin y del fin hace medio, que es una monstruosa disonancia y locura enorme. Cuando un hombre aparta su intención de Dios y la pone en las criaturas que le son inferiores y hechas para el mismo hombre, no sólo se aparta el hombre de su fin, Dios, sino que a sí mismo, que es fin de las demás criaturas de este mundo, se ordena a ellas y las hace fin suyo; y ni a sí mismo ni a ellas ordena a Dios, que es sólo el fin último de todas. Lo cual no es otra cosa sino hacer del medio fin, y del fin medio. Pues si en el apartar a una cosa de su fin se la hace tan grande injuria, ¿qué será hacer también medio a lo que es fin?

4. Miremos, pues, si importa poco tener limpia y sencilla nuestra intención, poniéndola sólo en Dios y no haciendo cosa por nuestra honra, gusto e interés; porque si declinamos y nos apar-

tamos de Dios, quedamos sin dignidad, sin estima y sin provecho, como dice David (*Ps.*, 13, 3): *Todos declinaron, inútiles son hechos*; como cualquiera otra cosa se hace inútil sacándola de su fin y uso. Exhortándonos nuestro Maestro, Jesús, a la pureza de intención, nos dijo (*Mt.*, 6, 23) que *si nuestra vista fuese mala, que todo nuestro cuerpo sería tenebroso*; porque si nuestra mira y los ojos de nuestra intención no están en Dios, sino en otro fin malo, todo el hombre, todo su cuerpo y alma, toda su substancia queda por demás oscurecida y afrentada, sin provecho ni estima. Pues si la falta de buena intención vicia y corrompe la raíz, claro está que todas las obras que de allí brotan serán inútiles y trabajo en vano, y quedarán perdidas, aunque sean las más altas obras de virtudes; porque sin buena intención ninguna puede agradar a Dios. Por lo cual dijo bien Ricardo de San Víctor, que con la mala intención era uno homicida de sus hijos, esto es, de sus obras. Y el daño que hace a las obras buenas no es sólo hacerlas perder su dignidad y mérito, sino mucho mayor, pues las transforma en malas y las hace dignas de castigo y pena. Todo lo que se haga sin esta pureza, con otro fin torcido, será cortar leña seca para el purgatorio y alimentar nuestra perdición; porque sacando nuestro corazón e intención de Dios, no quedamos de más provecho, ni tendremos más descanso que un pez fuera del agua.

Al contrario pasa a quien endereza todas las cosas a Dios, haciéndolas con sencilla intención por sólo su amor; porque este tal, las obras que

de suyo eran indiferentes y sin provecho alguno, las hace meritorias, y las obras de virtudes morales las levanta a que sean de caridad. Y quien todas las hace por tan buen fin, *llena*, como dice el Sabio (4, 13) *en breve espacio muchos tiempos*. Porque tanto son más estimables las obras cuanto fuere mejor su intención; la cual es de tan gran precio, que sólo Dios tiene hacienda y premio igual con que la pueda pagar, y no se contenta con dar menos que a Sí mismo.

5. Finalmente, la pureza de intención es un perpetuo manantial de gracia y de favores divinos, el colmo de las virtudes, el vínculo de nuestra alma con Dios, el consuelo de la vida, la llave del cielo y la ejecutoria con que hemos de requerir a su Majestad divina. Un santo hermano, ropero de un colegio nuestro, que se llamaba Juan de Soto, estando malo de la enfermedad de la muerte, que él había dicho antes cuándo había de ser, estando ya cerca de aquel paso último, pidió una aguja que tenía puesta en un agujero de la pared. Pensaban los presentes que desvariaba; mas él, muy señor de sí, dijo: «No deliro, que en mí estoy, gracias a Dios; denme por amor de su divina Majestad lo que pido»; y dándole la aguja, la tomó en la mano, diciendo: «Esta me ha de ser a mí la llave del cielo; con esta llave tengo de abrir las puertas del Paraíso, y así con ella tengo de morir, porque con ella he de requerir a Cristo mi redentor; porque no he hecho cosa con esta aguja que no haya sido por amor de Dios, ni dado una puntada que no fuese por

agradarle, y de la misma manera como si hiciese de vestir a Cristo.»

Pero no sólo premia Dios la recta intención en la otra vida, sino en ésta, con muchas gracias y favores. El santo hermano Alonso Rodríguez, que era portero de nuestro colegio de Montesión, porque siempre que abría la puerta lo hacía como si abriese a Jesucristo, vio alguna vez entrar por ella al mismo Señor.

Esto que hemos dicho de la pureza de intención, no sólo se ha de entender en las obras exteriores, sino en las interiores, en el más mínimo pensamiento y afecto interior, no pensando cosa que no sea del servicio de Dios y por amor suyo, ni admitiendo alegría en el corazón, que no sea toda en Dios y por Dios.

CAPITULO 19

Los grados de la pura intención necesarios para cumplir en todo la voluntad de Dios

Para la perfección y pureza de intención, y para granjear los merecimientos de que es causa, se ha de procurar:

1. Lo primero, actuarnos en ella, refiriendo las cosas a Dios; pasando, como dice san Agustín, a tener un mismo afecto con la voluntad divina; que como Dios todas las cosas quiere y hace por Sí mismo, así nosotros no hemos de querer cosa ni a nosotros, si no es por Dios y por cumplimiento de su santísima voluntad.

Pero este ofrecimiento no se ha de hacer sólo por mayor y virtualmente, sino por menudo y actualmente en cada obra, principalmente en las acciones mayores y las que son de dificultad y trabajo; y en las menores acciones, todas las veces que pudiéremos, con que no se interrumpa la actual elevación del ánimo a Dios, ni se enflaquezca o dañe la cabeza. Porque, según graves teólogos, no vale la intención general para refundir su merecimiento en las obras particulares, sino cuando es causa de ellas, o queda algún efecto de ella. Y pues muchas cosas hacemos que no tienen dependencia alguna de la intención y propósito que se hace por la mañana, importa a cada una ponerla esta corona de oro para que sea a Dios muy gustosa.

2. Lo segundo, se han de hacer las cosas por amor de Dios, con gusto y gran presteza y prontitud y ardor, sin tristeza ni repugnancia; que esto obliga mucho, y aun a los hombres más suele obligar la buena gracia y contento con que uno sirve a otro, que el mismo servicio. Esta presteza encargó al alma santa el Esposo en los *Cantares* (2, 10), cuando la dice: *Levántate y date prisa, amiga mía, hermosa mía, y ven.*

3. Lo tercero, se han de hacer por Dios únicamente; no acompañándolas con otro fin menor, ni otro respeto propio, excluyendo cualquier otra mira, aunque no sea fin malo. Esto parece que advirtió nuestro Maestro Jesús, cuando hablaba de la pureza de intención, buscando en ella *simplicidad*, y por eso no la comparó a los ojos,

sino al uno solamente. Y después dijo que *nadie podía servir a dos amos* (*Mt.*, 6, 24).

Y aun en las obras virtuosas que tienen su fin bueno, se ha de procurar, para realzarlas más, hacerlas antes por caridad y por Dios, que por su fin propio e inmediato. También se ha de procurar no hacerlas por temor del infierno, ni del purgatorio, ni por esperanza de premio, ni por agradecimiento de beneficios, aunque son fines muy buenos; pero no son tan perfectos como el hacerlas únicamente por Dios y porque su Majestad así lo quiere. Con otros fines no acaba el alma de estar desapropiada y descarnada de sí. Y aunque no hubiera infierno, ni cielo, ni Dios nos hubiera hecho bien alguno, habíamos de hacer de la misma suerte, y servirle con todas nuestras fuerzas, con el alma y con la vida, por sólo ser Él quien es, y tan bueno como es en Sí, sin pretender otro premio. Y no tanto por agradar nosotros a Dios —porque aquí aún se puede enolver algo de respeto propio—, cuanto porque Dios nos agrada y nos parece bien, y sentimos de su Majestad tan altamente, que por Sí mismo debe ser amado y servido a costa de nuestro gusto y vida. Pues si los fines que son buenos se han de excluir, por tener el mejor de todos, los que son indiferentes o malos, ¿por qué los hemos de mezclar? Y principalmente es intolerable desacato cuando en las obras que había uno de buscar sólo la gloria divina, busca sólo la humana y la propia estimación.

CAPITULO 20

Cómo se conocerá la voluntad divina para cumplirla en todo, enderezando sin engaño nuestras obras a Dios

Para que no erremos en esto, propondré algunas reglas por las cuales nos podamos guiar, conforme a lo que enseña san Ignacio, nuestro Padre, donde podremos conocer la voluntad divina, cuando no nos consta por precepto, ni por alguna voluntad del superior, ni de otro modo.

1. Lo primero: hemos de procurar una gran indiferencia, no inclinando el afecto más a una cosa que a otra; porque cualquiera afición menos ordenada, facilísimamente arrebata al juicio tras de sí y le perturba para que no conozca la verdad, o para que en lugar de ella abrece un engaño. Y así, ha de procurar un alma estar indiferente para cualquier cosa, sin ladear a una parte más que a otra, ni apetecer cosa de esta vida, sino puesta en equilibrio, mirar con ojos puros y simples a Dios y su santísimo querer, que sólo entonces lo echará de ver.

Para llegar a esta indiferencia se ha de proponer delante el fin para que fue uno criado, y que todas las demás cosas son medios en orden a alcanzar nuestro fin, que es la gloria de Dios y cumplimiento de su santísimo querer; y supuesto que son medios, no han de tener razón de quererse ni amarse, sino en cuanto conducen para

lo que son. De donde se saca que hemos de estar indiferentes para cualesquiera cosas, y no inclinarnos a elegirlas o quererlas, si no es en cuanto viéremos que nos llevan a nuestro fin y a cumplir la voluntad de Dios; porque en faltando esto, falta la razón de quererlas.

El caminante que pretende ir a algún lugar, no atiende, cuando encuentra dos caminos, si está uno a la mano derecha o a la izquierda, ni si el uno es llano o el otro tiene cuestas; sólo mira cuál es el camino de aquel lugar a donde hace su jornada, no teniendo otra razón de querer ni escoger más a uno que a otro, sino sólo llevarle al tal lugar, aunque sea el camino áspero y trabajoso. De la misma manera nosotros no hemos de tener otra causa de querer, sino sólo si lo que queremos hacer es cosa que nos lleva a Dios, que nos une con su Majestad, que es de su voluntad y gusto,tirando siempre a esto, ora sea el medio suave ora dificultoso, ora de gusto ora amargo.

Y como uno que juega al ajedrez está indiferente para mover las piezas, si no es en cuanto le sirven para el fin que pretende, de ganar, por lo cual ni le da más mover el peón que el rey, y sólo menea aquella pieza que le viene a cuento para su juego; de la misma manera, pues es de mayor importancia la ganancia que esperamos de nuestras obras, que es ganar a Dios, hemos de estar con mayor indiferencia para cualquier cosa, y sólo mirar si lo que queremos hacer nos sirve para lograrlo.

Este fin debemos tener siempre delante de los

ojos, y ordenar todas las cosas a él y no el fin a las cosas, que son medios, que es una monstruosidad y torpeza grande, aunque muy ordinaria. Porque primero escogen los hombres algunas cosas, no para servir con ellas a Dios primero y directamente, sino en segundo lugar; acomodando a Dios a nuestro gusto, habiendo de hacerse lo contrario; porque primero se ha de elegir y determinarse uno de agradar a Dios, y luego elegir y hacer aquello con que le ha de agradar, ordenando los medios al fin. Pero elegir anticipadamente alguna cosa a nuestro gusto, y luego querer servir con ella a Dios y referirla a su divina Majestad, para hacerla por su voluntad, es desorden grande; no puede haber aquí pureza de intención, ni se cumple enteramente la voluntad de Dios.

No piense uno que con sólo referir las cosas a Dios tiene recta intención; porque puede referir lo que Dios no quiere que le refiera, por no ser ese su gusto. Y puede también referir lo que el propio hombre quiere por su gusto referir, y que a la vez sea cosa que guste Dios de ella; pero no la refiere sólo porque gusta Dios de ella, sino también porque gusta él propio.

Y así, después de habernos puesto en una gran indiferencia, y limpiado nuestra voluntad de cualquier polvito de afición terrena, con gran tranquilidad de espíritu y paz del alma, hemos de mirar con sencillo y puro corazón qué es lo que agradará a Dios, qué es lo que Dios quiere que haga y cómo quiere que lo haga; y desembarazada el alma de sus pasiones y de todo afecto creado,

verá, en presencia de Dios, que es verdadera luz, lo que conviene hacer y lo que ha de referir a su Majestad, para cumplir su santísima voluntad.

2. Lo segundo: importa también para llegar uno a esta indiferencia, cuando se ve inclinado más a una parte que a otra, violentarse e inclinarse a la parte contraria, y pedírselo así a Dios, por hacer menos su gusto; como una vara torcida que, para enderezarla, la tuercen al lado opuesto.

3. Lo tercero: ayudará mucho ponernos delante por dechado la vida santísima de Jesús; porque aquello es la voluntad de Dios, en que más le hemos de imitar, como ser despreciados, pobres, mortificados, pacientes, callados, humildes, caritativos y provechosos a otros. Ayudará mucho también mirar cada acción que hubiéremos de hacer, si la haría Cristo, si fuera digna de su persona y cómo la haría, con qué fervor, con qué caridad y con qué perfección, para hacerla nosotros semejantemente.

Para aficionarnos más a la imitación de Cristo y asegurarnos más en la elección de las cosas y pureza de intención, encarga nuestro Padre san Ignacio tres maneras o grados de perfección. Uno, cuando está el hombre determinado a no hacer cosa de disgusto de Dios por la vida y los haberes del mundo. El segundo, cuando está determinado a hacer en todo su mayor gloria. El tercero, cuando se diesen, si fuese posible, dos cosas de igual gloria de Dios, escoger la que fuese más semejante a Cristo y nos hiciese más parecidos a Él, aunque fuese más trabajosa.

4. En cuarto lugar: importa entender que la voluntad de Dios es lo que nos es más provechoso, no para el cuerpo, en esta vida temporal, sino para el alma y para la vida eterna; y como la comodidad del cuerpo y gusto de los sentidos estén encontrados con el bien de nuestra alma y con las riquezas y bienes espirituales, hemos de inclinarnos más a que es voluntad de Dios lo que es más contrario al cuerpo y sentidos, y todos nuestros apetitos; porque esto es lo que ayuda más al espíritu y a granjear mayores merecimientos, como expresamente nos declaró Cristo, cuando dijo: *El que quisiere ir por mis pisadas, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame.*

5. En quinto: ayudará para esto tener gran estima de la gracia y gran desprecio del mundo y de todos sus gustos; porque al paso de la estima que aprendemos de las cosas, nos inclinamos con el afecto, y el afecto arrebata tras sí al juicio, y para que este sea recto, ha de hacer estima justa de las cosas en que ha de escoger.

6. En sexto: después de todo esto, se ha de considerar si preguntáramos a un hombre muy docto y santo cuál sería la voluntad de Dios en este caso, qué nos respondiera, y aplicarnos a nosotros su respuesta.

7. En séptimo: podremos también considerar si cuando Cristo andaba en el mundo enseñando perfección, o cuando estaba en la cruz clavado, le llegáramos a consultar qué cosa sería mayor servicio de su Padre, ¿qué nos respondería? Y tomar el consejo, que nos parece nos daría, que

sin duda sería conforme a su santísima vida y cruz.

8. En octavo: si otro nos lo preguntara a nosotros, ¿qué le diríamos? Porque sin duda en causa ajena juzgamos más desapasionadamente; y escoger eso para nosotros.

9. En noveno: cuando uno esté delante del Tribunal de Dios, ¿qué quisiera haber hecho? Considerando cómo no es posible engañar al Juez, y con cuán aguda vista penetrará lo íntimo de nuestra alma y descubrirá los deseos de nuestro corazón.

10. En décimo: aun en esta vida, cuando esté uno para expirar, a vista de la eternidad, de qué cosa se holgará más; y eso debe escoger ahora, cuando tiene tiempo, y no aguardar a arrepentirse cuando no tiene remedio.

11. Ultimamente, advierto lo que ha de ser siempre lo primero: pedir a Dios con sencillo y humilde ánimo nos declare su voluntad, no permitiendo que nos engañemos a nosotros mismos; porque a tan buena petición, y que tan bien nos está, y es de tanta gloria suya, no dejará de oírnos tan buen Padre. Y así, se ha de tener siempre en la boca o en el corazón la oración de san Pablo (*Act.*, 9, 6): *Señor, ¿qué quieres que haga?* O la de Cristo, Jesús, vida y bien nuestro (*Lc.*, 22, 42): *No se haga mi voluntad, sino la tuya.*

Y si se diesen dos cosas indiferentes o buenas, que hubiésemos de hacer necesariamente alguna de ellas, y no se hallase la gloria de Dios más en una que en otra, ni mayor imitación de Cristo, ni mayor mortificación nuestra, entonces, sin de-

tenerse en averiguar más, cualquiera se puede escoger, ofreciéndola a Dios para hacerla por su amor; y aunque fuese obra indiferente de suyo, por esta oferta a Dios será de muy gran merecimiento.

CAPITULO 21

Que se han de hacer todas las obras como Dios quiere, con gran perfefcción

No basta hacer las cosas con buena intención por el amor de Dios y en cumplimiento de su santísima voluntad; es menester hacerlas *como Dios quiere*, que es con gran perfección; y todo lo que hemos dicho de los grados de intención, acerca de la substancia de las cosas, se ha de practicar también en sus circunstancias y modo de obrarlas, para que sean perfectas; pues la misma obligación que hay de hacer las cosas por Dios, hay que hacerlas de modo que agraden a Dios. Porque si por ser creados y hechura de Dios, le debemos todo lo que somos y valemos y todo lo que pudiéramos hacer, como un árbol que lleva fruto para quien le plantó, claro está que esta deuda y esta fructificación deben ser fructuosas a aquel a quien se deben. Y el fruto que Dios coge de nuestras obras es agradarse en ellas, y en no haciéndolas bien, no coge Dios esta fruta, y somos por demás como árboles carcomidos y cocosos, cuya fruta se desecha.

Esclavos somos también de Dios, y Dios es

nuestro amo y señor; y así como un esclavo debe sus obras a su amo, las debe también de modo que le sirvan y agraden; porque ¿quién pudiera sufrir un siervo que todo lo que hiciera lo echara a perder, y se le cayera de las manos y quebrara y desperdiciara todo aquello con que quería servir a su señor?

Además de esto, la cosa más estimable y preciosa que tenemos son nuestras obras; porque no es más cada uno de lo que son sus obras. Y así como no basta para que sea estimada una rica tela de brocado, sólo el ser de brocado, sino que es menester que sea flamante y limpia, porque si está raída, manchada y llena de lodo, tan lejos está de ser a propósito para hacer de ella una púrpura real, que se hiciera grande injuria al rey que quisiesen se vistiese de ella; de la misma manera, no basta ser buenas de suyo las obras que hace uno, para ser estimado de Dios por ellas; es necesario que sean bien hechas, y con su lustre debido, sin mancha ni otro vicio.

Y si en nuestro vestido corporal no sufrimos una mancha de aceite ni un descosido, en las obras que son el ornamento de nuestro ánimo, ¿por qué hemos de sufrir manchas y desórdenes?

Y si a nosotros mismos no nos parece bien nuestro vestido manchado, ¿cómo queremos parecer bien a Dios con obras manchadas y llenas de imperfección?

No basta, pues, hacer solamente lo que gusta Dios, ni hacerlo sólo por Dios, sino también hacerlo como quiere Dios, y con tal perfección, que sea digno de presentarlo y ofrecerlo a tan gran

Señor y por tan grandes deudas como le debemos. Porque cuanto es cosa más excelente obrar por amor de Dios, tanto es más reprensible quien no se esmera en semejante obra que se hace por tan buen Señor y Padre. Y así, nuestro Padre san Ignacio, viendo a uno que con negligencia hacía una cosa, y que decía que la hacía por amor de Dios, le reprendió mucho, diciendo: «Si lo hiciérades por los hombres, no fuera gran falta hacerlo con ese descuido; pero haciéndolo por tan gran Señor, es muy gran descomedimiento hacerlo de esa manera.»

Pues para hacer las obras con perfección ayudarán mucho las consideraciones siguientes:

Lo primero: considerar cómo quiere Dios que haga esta obra, y escuchar a Cristo, que nos dice (*Mt.*, 5, 48): *Sed perfectos, como vuestro Padre lo es.*

Lo segundo: cómo lo haría el mismo Cristo Jesús, a quien debemos tener por dechado de todas nuestras acciones, y regla cierta y ley suprema de toda perfección; y procurar hacerlas con fervor, con caridad, con toda diligencia.

Lo tercero: mirar que tenemos a los ángeles y a Dios por testigos y jueces del modo con que las hacemos. Uno que ha de tener algún acto público delante de un rey, ¡cuánto procura que le salga bien!

Lo cuarto: cuando estemos delante del tribunal de Dios, cuando nos pedirán cuenta hasta del último maravedí, cuando se escudriñarán nuestras obras, cuando las ha de calificar Dios, ¿cómo quisiéramos haberlas hecho? Mire uno cómo un

artífice, si ha de hacer alguna cosa de que han de juzgar grandes maestros, cuánto se esmera en sacarla perfecta.

Lo quinto: en la hora de la muerte, ¿cómo quisiera haberla hecho? Y si entonces, cuando no podremos remediarlo, tendremos arrepentimiento, ahora que podemos, ¿por qué no tendremos voluntad de hacerlas obras con mucha perfección?

Lo sexto: si aquella obra fuera la última de la vida, con qué cuidado y devoción la hiciera uno; y con la misma ha de procurar hacer todas las cosas.

Lo séptimo: considerar lo mucho que va en hacer las obras de una manera o de otra, en ganar más gloria o merecer más Purgatorio, y cuán poco trabajo más es hacerlas bien.

Lo octavo: considerar lo mucho que es agradar a Dios, y cuán gran desorden es que, con lo que queremos hacer por darle gusto, por no poner un poco de cuidado, le demos disgusto. ¡Cuánto estimaban antiguamente agradar al rey Asuero, que sólo para haber de poner en su presencia a una doncella, la buscaban entre millares, y después un año entero se preparaba para haber de parecer delante del rey! Pues por agradar a Dios, delante de quien han de parecer todas nuestras obras, ¿por qué no hemos de poner toda diligencia?

Lo noveno: conviene hacerlas de propósito, como si no tuviéramos otra cosa que hacer; porque ¿qué importa apresurarse, cuando importa más hacer una obra bien que un millón mal?

Lo décimo: importa no hacer cuenta más que de hoy, esto es, el día presente; porque ¿quién hay que, siquiera por un día, no se anime a vivir bien? Y como el día de mañana sea incierto, no se ha de aventurar el de hoy. Ni hay que considerar toda la vida junta, que no se vive toda junta, sino por partes, y la carga que junta espanta, tomada por partes es ligera.

Concluyo finalmente esta materia de la pureza de intención, con la cual uno desea agradar a Dios únicamente; que no sólo merece mucho más en las obras buenas, ni sólo merece en las obras indiferentes, sino que aun sin hacer obra alguna, puede tener el mérito de grandes obras; porque Dios se contenta con la buena voluntad, cuando no es posible el efecto. Y así, no habíamos de dejar parar este instrumento de merecer, sino con continuas ansias y afectos ofrecer a Dios grandes obras y muy perfectas, deseando ejercitar cuantos actos de virtudes vemos u oímos, y cuantos tormentos padecieron los mártires; porque tan sincero y verdadero y fervoroso puede ser el afecto, que equivalga a la obra.

Mucho mayor cuidado hemos de tener de no hacer obra baldía, sino todas hacerlas fructuosas. Porque así como es grande desconcierto abusar de una cosa para fin diferente de lo que viene a propósito, así también hace grande disonancia tenerla ociosa y no usarla para su fin, y más cuando es de gran consideración y estima. ¿Qué mayor fin que la gloria de Dios? Pues ¿por qué, si nacemos para esto, y para referir a ella nuestras

obras, lo hemos de dejar de hacer y cesar de fructificar, glorificando a tan gran Señor?

CAPITULO 22

Cómo se debe uno conformar con lo que Dios hiciere

1. Para *unir nuestra voluntad con la divina,* no basta *hacer* en todo lo que quiere Dios que hagamos, sino *sufrir* también lo que su Majestad quisiere hacer de nosotros. Porque justicia tiene y derecho para todo; pues por el supremo dominio que sobre sus criaturas tiene, puede hacer de ellas lo que quisiere, y destruirlas y aniquilarlas, sin poder decir nadie que lo hace sin razón. Porque si cada uno puede hacer lo que quisiere de lo que es suyo propio, ¿por qué ha de perder Dios este privilegio, y le hemos de ir a la mano, o quejarnos de Él, por que haga de nosotros lo que quiere, y no lo que queremos nosotros? ¿Por qué ha de ser más limitado el derecho divino que el humano sobre su hacienda propia? Si quiere que padezcamos enfermedades, dolores, afrentas, necesidades, de su hacienda dispone como quiere, no hay que quejarnos, antes hemos de estimar por gran favor quiera usar de nosotros; y el vernos en su mano, aunque nos apriete, es de grande honra. No deja de gloriarse y mostrarse lozano un generoso caballo que le escoja un rey para su persona, aunque le saque sangre con los aci-

cates y sienta su peso; y derecho tiene el rey para todo.

Esto bastaba para sufrir lo que dispone Dios y conformarnos en cualquier cosa con su santísimo querer, rindiéndonos a Él en todo; porque es injuria e injusticia contra Dios no querer que use de lo que es suyo, ni disponga de su hacienda; y es honra nuestra que se quiera servir de nosotros, aunque fuera para despedazarnos, si lo sufriera su piedad y amor.

2. Pero si bien lo consideramos, no sólo debemos consolarnos y conformarnos con su voluntad en lo que hiciere de nosotros, aunque nos sea amargo, sino alegrarnos en ello y regocijarnos en el alma; porque de ninguna cosa que en esta vida dispone su Majestad de nosotros podemos tener mayor satisfacción que nos está bien, y por ninguna le debemos ser más agradecidos que cuando nos aflige. La razón es clara, porque por su condición y naturaleza es Dios la misma bondad, afabilidad, benevolencia, liberalidad, teniendo más inclinación a hacer bien y consolar que el fuego a quemar, y una piedra a irse abajo. Pues como sea la naturaleza de Dios tan benigna, nunca aflige a uno por sólo afligirle, sino porque le quiere hacer un grande beneficio, para el cual es medio aquella aflicción; y así, *a no poder más* —a manera de decir— y como forzado del deseo que tiene de nuestro bien, nos aflige y desconsuela, que, de suyo, no es eso conforme a su inclinación, que es de consolar y recrear. En afligirnos parece que va contra su natural, y sólo el deseo

de nuestro bien le hace se muestre austero Él, que no es sino la misma benignidad y bondad.

Un hijo enfermo de ningún modo pudiera satisfacerse más de lo que le convenía a su salud, que si su madre le quitase de la boca un manjar dulce y sazonado y le ofreciese una purga amarga. La misma razón hay para entender que nos está más bien que otra cosa la tribulación, o el dolor, o la enfermedad que Dios nos envía. Porque cuanto más satisfacción tenemos de sus entrañas tiernas, de la fineza de su amor, de su deseo que tiene de nuestro bien, tanto más hemos de entender que nos está bien cuando nos deja de consolar.

Antes, si Dios no lo hiciera así, parece que pudiéramos tener mayor motivo para quejarnos de su poca misericordia. Porque ¿cómo se pudiera decir de un médico piadoso que al enfermo le dejase comer y beber lo que quería por no desconsolarle, echando de ver que aquello le mataba? ¿Y qué misericordia fuera, sino antes inhumanidad, si pudiendo dar salud con una purga a uno que estaba a punto de muerte, lo dejase morir sólo porque le amargaría? Pues lo que en un hombre juzgáramos rigor e inhumanidad, ¿por qué lo hemos de querer de Dios? Antes como con un médico no sólo no se enoja el enfermo, sino que le paga largamente, porque le manda dar bebidas amargas y le niega todas las cosas de gusto contrarias a la salud, de la misma manera, no sólo debemos estar conformes con la voluntad de Dios cuando nos aflige, sino que debemos pagarle este cuidado que tiene de nosotros, siquiera con

serles más agradecidos. Porque si a un cirujano le agradece y recompensa con buena paga un encancerado haberle cortado un miembro, ¿por qué no merecerá mayor agradecimiento Dios, que con medios suaves, aunque nos duelan, nos libra de mayores males?

Pero, para mayor consuelo nuestro, no sólo hemos de considerar a Dios como médico, sino como padre amoroso, y regalarnos y enternecernos con el amor que nos tiene, viendo que así cuida de nosotros, y nos corrige y castiga como a hijos queridos. Porque verdaderamente no es tan cierta señal de amor el beneficio como el castigo; porque los beneficios se hacen también a los extraños, pero el castigo no, sino a los hijos propios. Y así nos debemos regocijar con estas señales más ciertas de que somos muy de casa y de la familia de Dios, y de que así nos trata, y saberlo agradecer.

Los hijos, cuando son pequeños y les castiga su padre, siéntenlo y lloran; mas cuando mayores conocen las cosas y agradecen el bien que les hicieron. Y si acaso fueron remisos, se quejan de la blandura de ellos y del mal que por su regalo recibieron. Un hijo que estaba condenado a la horca, al pie de la escalera mandó llamar a su padre, y llegando a abrazarle, entendiendo que se quería despedir de él, con la boca, porque tenía las manos atadas, le arrancó las narices, por vengarse de esta manera del regalo con que, cuando niño, le había tratado, y no haberle castigado, diciéndole: «Por tu blandura y regalo estoy yo en este punto y he venido a esta afrenta.» ¿Pues qué

es lo que hacemos cuando no queremos que Dios nos corrija ni castigue, sino venir a parar, no en la horca, sino en el infierno? ¿Qué es lo que queremos? ¿Acaso tener título para quejarnos de Dios porque no nos fue a la mano ni nos castigó? Intolerable blasfemia sería que lo que nos parece bien en un hombre, castigar a su hijo, no lo queramos en Dios. ¡Y que por lo que echáramos maldiciones a nuestros mismos padres naturales si dejaran de hacerlo, no bendigamos a Dios porque lo hace! Mil bendiciones debemos echarle cuando más afligidos estamos, y alabarle por la memoria que tiene de nosotros y cuidado de nuestro bien, y alegrarnos con Él y con la esperanza verdadera de nuestra salud; pues tan buen médico nos cura y tan buen Padre mira por nosotros.

3. Fuera de esto, debemos estar muy agradecidos a Dios y contentos que tome la mano por nosotros y haga lo que nosotros debemos de hacer. Debíamos de hacer penitencia por los pecados pasados; debíamos asegurarnos contra los presentes y prevenirnos contra los futuros; debíamos obligar a su Majestad con nuestra paciencia; debíamos granjear grandes merecimientos con sufrir y vencernos en algo; y con todo esto, nos descuidamos en tantos bienes para nosotros. ¿Por qué no merecerá Dios mil bendiciones y gracias, pues, porque no perdamos tantas ganancias, Él nos da la penitencia que habíamos de tomar?

Y ya que no tenemos ánimo para vencernos y sujetar nuestra carne, ni contradecir a nuestros gustos y voluntad, es gran merced de su Majestad que Él lo quiera hacer. Si uno viese a una

víbora junto a sí, que le iba a picar, y no tuviese ánimo para apartarla ni matarla, y llegase otro que lo hiciese, claro está que le quedara agradecido; pues esto hace Dios por las tribulaciones, con que quebranta nuestra carne y voluntad, matando la víbora emponzoñada que criamos en nuestro seno y pecho.

Verdaderamente, aunque no hubiera en las aflicciones otro interés más que no hacerse nuestro gusto, ya esto sólo era inestimable; pero hay otros muchos, y todos los provechos que en la mortificación dijimos que hay (1), por los cuales bienes, Cristo, que es sabiduría eterna y supo bien escoger, escogió para sí, para sus Apóstoles y para sus amigos vida atribulada.

4. Si todo esto no basta para estar contentos en las aflicciones que nos vienen de la amorosa y blanda mano de nuestro buen Padre, no sé qué podremos responder a este argumento y demostración que ahora haré.

Dios es infinitamente bueno, nos ama y desea nuestro bien, infinitamente más que nosotros nos amamos y nos deseamos bien. Dios es infinitamente sabio, y conoce el bien mejor que nosotros, de modo que no puede errar en ello. Dios también es infinitamente poderoso, de modo que no es falta de poder no quitarnos nuestra aflicción. Pues si a Dios no le faltan fuerzas, y le sobra tanto amor y tanta sabiduría para querernos bien, y acertar en lo que nos conviene; y con todo eso no nos saca de nuestro trabajo,

(1) Capítulo 15, pág. 137.

señal evidente es que nos importa. Y así, no siendo quien blasfeme y diga que Dios es malo o que no sabe lo que se hace, o que no puede más, no se puede quejar de lo que le sucediere; que aunque el sentido no nos deje conocer lo mucho que nos importa cualquier trabajo que nos envía, hemos de regirnos por la fe y la razón. ¿Y a quién hemos de creer más, a nuestro afecto, que tantas veces nos ha engañado, o a Dios, que es la misma verdad? Y si nuestro sentido nos dice que es mal, Dios lo envía por bien.

Pero demos que fuera mal, y que los trabajos no tuvieran los provechos que tienen para corregir Dios por ellos; ¿con qué se podía comprar el acompañar Dios a un afligido, que él mismo dice (*Ps.* 90, 15) que *está con Él en la tribulación*? Y así, quien huye de ella, huye de Dios; y quien la arroja de sí, arroja a Dios. Si en una caja tosca estuviese guardada una piedra muy preciosa, nadie arrojaría la caja, porque iba allí cosa de tanta estima; y el que, sabiendo lo que estaba dentro, la arrojase de sí, no sólo despreciaría la caja, sino la joya que contenía. Luego si *está Dios en la tribulación*, allí se ha de venerar también; y lo mismo nos había de parecer despreciarla que despreciar a Dios. De aquí nace el oír Dios a los afligidos, y ser más eficaces sus oraciones, porque tiene a Dios dentro de casa, y nunca es más generoso en su misericordia que cuando más afligidos nos ve.

Pueda, pues, con nosotros la verdad, y conozcamos que son tan grande bien las aflicciones que calificamos por males, que para que Dios nos